

aspecto completamente marcial, quien, á pesar de su marcialidad y de su estatura, sentado estaba, pálido como la muerte, sobre los bordes de una cama. Escapad, le dije, los criados ya están salvos. No puedo moverme, respondió, estoy muerto de miedo. Apenas había dicho esto, penetra en aquel recinto un tropel de revolucionarios, y lo asesinan en mi presencia. Yo corro hacia la escalera seguida por las criadas. Los asesinos dejan rematado el heiduco y corren tras de mí. Las pobres mujeres caen de rodillas al pie de nuestros perseguidores y ruegan y porfían hasta coger el filo de los sables y cortarse las manos. El hueco de la escalera, estrechísimo, embarazaba mucho á los degolladores; mas yo sintiera ya una mano terrible arañándome la espalda para cogerme, cuando abajo resuena estentórea voz preguntando á mis perseguidores: ¿qué hacéis arriba? El marsellés, dispuesto en aquel minuto á inmolarme, respondió por un grito, cuyo eco resonará de perdurable manera en mi memoria. La voz de abajo exclamó: «No es bien matar á las mujeres». Oído esto, el verdugo suspendió su acto, y me dijo, cuando yo estaba de rodillas, esperando mi muerte: «levántate, cochina; la nación te perdona». Esta grosería en la frase no pudo empecer á que yo sintiera un efecto inexplicable, derivado, así de mi amor á la vida, como de la seguridad del bien que me traía el tornar á ver á mis hijos y todo cuanto amaba en este mundo. Minutos antes yo temía la muerte mucho menos que los dolores apercebidos por aquella cuchilla levantada sobre mi cuello. Cuando la muerte llega tan cerca, la prueba una por anticipado, como si la hubiese recibido. Los nervios del cuerpo mío llegaron á su mayor intensidad; y, como no me desmayé ni me desvanecí, oía los resuellos y frases de los asesinos cual si estuviera en perfecta sangre fría. Media docena de revolucionarios se apoderaron de mi persona y me condujeron á los alféizares de una ventana, para que de pie sobre las banquetas gritase ¡viva la nación! Al salir tuvo que pasar saltando sobre los cadáveres. Entre tantos, reconocí el perteneciente al viejo vizconde de Brives, quien, jubilado, había ido al Palacio por voluntad propia, y aunque yo le rogué, á nombre de la Reina, que se retirase, dijo no serle posible acceder á este ruego, como accediera tantas otras veces. Cerca de la verja, y hacia el puente, me preguntaron, dónde quería yo ir. Respondiéndoles me dejaran donde les pluguiese, preguntóme un marsellés si reconocía y confesaba ya todo el poder de las muchedumbres. Le dije que sí al momento, y le indiqué la casa de mi cuñado para que allí me dejara. En esto veo á mi hermana, subiendo hacia el puente, circuida de guardias nacionales. Llaméla, y se volvió. Entonces me preguntaron si quería que la llevaran á mi lado, y, á una frase afirmativa mía, la llevaron». He querido repetir esta relación, tal como está escrita, no obstante sus caracteres monárquicos, para que se vea cómo algún asomo de piedad, más ó menos adulterado por las formas empleadas en su expresión, corría sobre aquellos espacios y se manifestaba en aquellas gentes. Algo parecido sucedió con las señoras que se hallaban reunidas en los cuartos de Antonieta. Por el ingreso de tan grande apartamen-

to los revolucionarios inmolaron dos mayordomos de la Reina, quienes, pudiendo salir, no salieron, y se calaron sus sombreros y requirieron sus espadas para morir, como si no quisieran ver profanado el santuario de que habían sido vigilantes centinelas toda la vida. Cuando la princesa de Tarento viera caer esta última defensa, procedió como deben proceder las mujeres siempre, dado su íntimo natural, en estos apurados trances. No peleó, porque no estaba en su naturaleza pelear; no resistió, porque no podía resistir: fuese á la puerta; de par en par abríola; y presentó su hermosa figura, de dignidad resplandeciente, al arma de los tumultuados. Si eran valerosos aquellos hombres, enloquecidos por las embriagueces de sus cóleras, no podían menos que sentirse vencidos y encadenados al valor de aquella hermosa mujer. Así quedaron detenidos en su carrera, paralizados en su acción. La duquesa, no contenta con el efecto causado por su arrogancia, quiso promover un afecto tierno en el corazón de los recién llegados. Y, tomando de la mano á su amiga, la joven Tourzel, bajo sus cuidados puesta por la madre ausente, díjoles que podían matarla, pero que respetasen la vida y la honra de aquella joven, sacratísima prenda en depósito, la cual jurara defender y salvar. Enternecieronse los revolucionarios ante la belleza y la maternidad como se habían enternecido en las circunstancias más arriba historiadas ante madame Campan. Así les abrieron paso y las llevaron al muelle próximo del Sena por el camino más fácil y más corto. En este peligroso trayecto atravesaron dentro del Palacio los baños de la Reina, donde yacían por los suelos rotas en pedazos las fuentes y las tinas. El agua se había mezclado á la sangre, y cuando salieron de aquel espacio las redimidas y salvadas por un afecto de generosidad, que no suele faltar al corazón humano, ni en los más horribles trances, dejaron una huella roja que mostraba cuán terribles y cruentas son siempre las revoluciones en nuestra mísera humanidad.

Así que se determinó la victoria del pueblo soberano, la sesión del Congreso de diputados se agravó en tormentos para los reyes vencidos. Mientras la prolongación del combate persistiera, hubo entre corte y Cortes cierta relación de perplejidades consiguientes á la baja y alza de opuestas noticias, favorables ó desfavorables á cada cual de los dos poderes, ejecutivo y legislativo, allí reunidos, quienes debían tener una grande conciliación parlamentaria ó constitucional y sólo tenían un efectivo combate á muerte horroroso. El Parlamento se hallaba en estado tal que no podía menos de alegrarse al saber las populares victorias. A un error de la dinastía, pagado por la dinastía bien caramamente, con tremendo castigo, impuesto á su imprevisión y ceguera, se abstuvieron del Congreso los diputados realistas, capaces, en el angustioso instante aquel, de formar un verdadero muro en su defensa y de retenerla un poco en sus alturas, sin que cayera inerme y sola y deshonrada bajo la férula de sus mayores y más implacables enemigos. El partido constitucional, defensor acérrimo de la dinastía, no obstante detestarlo la dinastía, inaccesible á toda conciliación,



se abstuvo también, y brillaba como la efigie de Bruto en el Capitolio cuando entró Augusto, brillaba por su ausencia. Este partido ya tuvo razones y motivos mayores para retraerse que tuviera el partido realista. Empeñado en reconciliar el Parlamento y el Trono, sólo había en el Trono encontrado repulsiones y odios. Inútilmente Lameth, fundador verdadero del partido, empezó muy pronto la mixtura de alquimia política llamada luego eclecticismo, restringiendo en lo posible las facultades ó derechos populares y conservando de las antiguas regias prerrogativas cuanto en lo humano podía conservarse tras la metamorfosis de los Estados generales en Constituyente y la toma del fuerte donde se guardaban los simulacros del antiguo régimen subseguida por la declaración de los derechos del hombre. La Reina quería mucho menos que los radicales y demócratas la mixtura constitucional. De no tener un trono absoluto, prefería con todo su corazón al trono parlamentario y constitucional una deshorejada República, esperando locamente del exceso de todos aquellos males un regreso al régimen antiguo y á sus borrados privilegios. Inútilmente le dictó Barnave para los reyes coligados varios proyectos de reconciliación entre la Monarquía y la Libertad, luminosos y salvadores; la Reina mandaba junto al correo que tales pliegos á Viena conducía, otros pliegos desautorizándolos, en términos de decir que le habían llevado la pluma para escribirlos, cosa bien probada por el estilo literario y oratorio, ageno al propio epistolar estilo, tan vulgarizado entre los suyos. Pocos días después del veinte de Junio y pocos días antes del diez de Agosto, Lafayette se había, en su monarquismo constitucional ingenuo, conformado á todo por salvar la Monarquía constitucional; se había dejado el campamento donde mandaba; se había ido sin licencia de nadie á París con riesgo de que le llamasen desertor y le aplicaran los rigores supremos del código militar; se había de rondón entrado en el Congreso dirigiendo á los revolucionarios palabras tan duras como las dichas de continuo por Antonieta y Luis, ó más duras; había resuelto reunir la guardia Nacional para disolver por las armas los clubs de jacobinos y franciscanos; había hincado la rodilla ante los reyes en las Tullerías pidiendo con las manos plegadas que le permitieran salvarlos y conducirlos ante un ejército fiel y constitucional para salvar con ellos la libertad y la Constitución: los reyes se negaron á todo; maldijeron la persona de Lafayette como la maldecían en los momentos de sus discordias; comunicaron órdenes á los numerosos milicianos de su devoción para que no le oyeran, prefiriendo se desencadenaran todas las revoluciones juntas á que prevalecieran las leyes fundamentales de un gobierno parlamentario. Lafayette se había partido desesperado; y la consecuencia de su partida fué que llegaron á irse con él de las Cortes, desesperados también, sus partidarios, después de haber conseguido en su pro una declaración favorable, por la cual sumaron los cuitados contra sí, en vísperas de la catástrofe, los odios de la dinastía ensoberbecida con los odios de la plebe sublevada. Por manera que reinaba el retraimiento de la monarquía en las Cortes aquellas, caídas por este retrai-

miento á merced y arbitrio de conservadores tan dudosos como los girondinos de todos matices y revolucionarios tan resueltos como robespieristas y dantonianos de todas procedencias. Los únicos en aquella hora del naufragio total que acaso hubieran podido salvar la Constitución, Vergniaud, Brissot, Condorcet, se hallaban paralizados por las propensiones internas de sus ánimos al régimen republicano, y por la presión externa que sobre sus voluntades y sus conciencias individuales ejercieran la conciencia y la voluntad general. Luego el Congreso se había trocado en un club; esparcidas por sus espacios la gente franciscana y jacobina en tumulto; bajados los oyentes de las tribunas al salón y subidos á las tribunas los diputados del salón; entabladas las deliberaciones rápidas al estampido del cañoneo y al eco de las descargas, ahogando los discursos y moviendo á resoluciones tan siniestras como los tiros y los cañonazos; invadidas las sedes todas del recinto por los recién llegados, quienes, después de hablar desde la barra con propuestas de las medidas más radicales, entraban dentro del santuario para votarlas sin derecho en medio de aquel aquelarre horroroso; embargada la voluntad colectiva del pueblo con apremios imperativos del ayuntamiento, cuyos ruegos tomaban la forma y el dejo de órdenes; reunidos bajo aquel techo los guardias reales, que todavía custodiaban la persona del Rey, con los milicianos auxiliares de la rebelión, y los suizos perseguidos allí dentro aun por la caza infernal de fuera con los gorros colorados, agitando sus picas y pidiendo sus venganzas; mientras el Rey se asaba de calor y de vergüenza en el mortuorio nicho de su palco y surgía un gobierno, quien, diezmado primero por la Revolución en su guillotina y luego por la Revolución movido al combate, debía pelear contra todos los reyes absolutos y debía entrar en todas las capitales monárquicas de nuestra entonces febril exaltada Europa. No había orden posible; unos depositaban sobre la mesa los objetos preciosos recogidos en el saco de las Tullerías, y pasaba tal tesoro particular á la comunidad revolucionaria sin que la presidencia se atreviese á retenerlos en el tesoro propio del Estado legal; otros llevaban del cuello los suizos y pedían para ellos perdón y que los dejaran bajo su custodia, excepciones de caridad muy notables en tantas borracheras y demencias colectivas de los odios y de las cóleras populares; pedían éstos que se rompiera con las diferencias entre los ciudadanos activos y los ciudadanos pasivos, declarándose para todos el sufragio universal; aquellos, al mismo tiempo que proclamaban á campana herida los derechos humanos; ofrecían la lista de los periódicos reaccionarios recién muertos á violencia, noticiaban el regalo hecho á Marat, redivivo tras el miedo pasado durante la lucha y el sepulcral encierro en las bodegas franciscanas, del material de las imprentas reales para que imprimiese con tipos regios ideas republicanas; Sauterre entraba por un lado con su manchado uniforme de comandante de la milicia ciudadana presentando jesuitas homenajes al Congreso que resultaban dictatoriales imposiciones; Robespierre, por otro lado, con su aire péfido y su voz monótona, proponía se levantase y erigiese una estatua colosal á la liber-



tad en reemplazo de las efigies sardanapalescas, simulacros de los reyes antiguos, derribadas en el suelo á los estremecimientos de la revolución; y Anacarsis Clootz, el orador de la humanidad, especie de vidente y profeta, mal juzgado por sus contemporáneos y muy aplaudido por la posteridad, proponía los principios universales de la revolución, maldiciendo al imperio austriaco, maltrecho un tiempo á los golpes de Federico el Grande y resucitado por sus indignos sucesores para caer consumido por el fuego espiritual de la revolución francesa, quien, desde aquel punto, dilataría su libertad, su igualdad, su fraternidad, luminosas é inextinguibles, por toda la faz de nuestro planeta, en cuyos senos el espíritu humano embeberíase cada vez más, como que lo habitarían pueblos redimidos merced á la justicia y al derecho dilatados desde unas á otras zonas, desde uno á otro polo. Así tomaban los diputados en tropel todo género de medidas contradictorias en montón, las cuales medidas corrían de un punto á otro en proposiciones innumerables y eran votadas en cada votación rápida subsiguiente que proponía cualquiera, espectador ó diputado, en aquel destrozo de la Constitución, cayendo ésta, por culpa de todos, y con especialidad, por culpa de los ciegos é impenitentes monarcas. Así fueron suspendidos los jueces de paz; disuelta la comisión departamental que prestara tan extraordinarios servicios por medio de Roederer á la dinastía; convocadas las asambleas primarias; abrogado el derecho á escribir en los escritores vencidos suprimiéndoles sus periódicos incompatibles con aquella situación general de guerra; llamada la Convención para que sustituyese al viejo parlamento constitucional y enterrase al Monarca irresponsable, producido por las fracciones parlamentarias, y copiado de un pueblo histórico y aristócrata como Inglaterra, contradicción viva con el pueblo demócrata y racionalista que se llama Francia. En esos dramas inventados por la Providencia, cuya fertilidad no ha superado jamás ningún autor dramático, presidía Vergniaud, cuando fuera suspenso el Monarca, y como llevaba la muerte tan grande orador en el alma, fué la palabra muerte también la primera que se le asomó á los labios. Y muerto leyó el proyecto de ley, como los demás proyectos improvisado, digan cuanto quieran los maliciosos que le acusan, de haberlo apercibido en su casa y redactado, muerto leyó, repito, el proyecto suspendiendo la Constitución y llamando á otra Constituyente, decreto que destruía y aplastaba su persona entre dos moles, el sepulcro de la tradicional República que cerraba y la cuna que abría de una formidable República.

La posición del Rey durante aquellos días dentro de la Cámara excedió en tristeza y horror á cuantos horrores y tristezas experimentara en el transcurso de la revolución; y no excluyo, ni el día de su proceso, ni siquiera el día de su muerte. Cuando ya la derrota se declaró y se afirmó el cautiverio, pudo Luis XVI mostrar las virtudes intrínsecas de verdadero mártir, que se hallaban en el fondo esencial de su carácter y que brillaron en todos sus actos; especialmente la paciencia, ó sea, la resignación suprema con los de-

cretos del hado implacable. Pero, creyéndose Rey todavía y estando en abierta lucha con el Parlamento, á la misma hora terrible de pedir al Parlamento asilo, padeció mucho, por cuanto su conciencia íntima le aconsejaba el combate y su complexión incontrastable le imponía la conformidad. El día nueve, ó sea, la víspera de su catástrofe, todo le prometía en augurios felices una reconstitución de su poder absoluto, á que aspirara desde la reunión de los Estados generales hasta el momento apocalíptico, en que la tea de los revolucionarios incendió el palacio de los Reyes y se llevó la metralla despedida por el pueblo los diamantes de la corona real deshechos en átomos imperceptibles. Pocos días antes del diez renunciaba la salvación que le ofrecían en bandeja de oro las manos aristócratas del noble Lafayette, porque pensaba obtenerla de otras manos más puras como las manos de los Reyes sus cofrades y de otras fuerzas mayores como las fuerzas de aquella coalición realista, ya en armas, pues para él era ésta su más firme y más seguro auxiliar. Así la noche del nueve pensaba en cosa tan agradable á los realistas como que la insurrección fuese destrozada por los suizos, el Congreso disuelto á bayonetazos, ahorcada la Comunidad revolucionaria, castigados los corifeos del movimiento, rehecho el trono absoluto, y repuestos los privilegios aristocráticos, todo ello merced á la invasión extranjera, exacerbada mucho y traída pronto en bien del Rey por las insolencias y las temeridades del pueblo. No puede olvidarse que la noche del nueve, antes de sonar á rebato las campanas siniestras, resplandecía el amenazado palacio como en verdadera noche luminosa de regias festividades; no puede olvidarse que ya se reunían los motores de la revolución en el palacio municipal cuando sonaban risas gozosas en los reales aposentos; no puede olvidarse que los caballeros de San Luis, llamados caballeros del puñal por la plebe, acudieron aquella misma noche, citados y reunidos para un tremendo combate, tan aderezados y compuestos, como si fuesen á un festivo baile; no puede olvidarse que la insistencia de Roederer se necesitó para desgajar de su inacción á los Monarcas y reunirlos al Parlamento; no puede olvidarse que, al salir, cuando realmente la suerte de aquel conflicto no se inclinaba de ningún lado, los Reyes dijeron á sus domésticos volverían en seguida; no puede olvidarse la palabra, por Antonieta dicha en los oídos del político que desempeñaba la cartera de Negocios extranjeros, á su lado dentro del palquillo, al oír su destitución por el Congreso, asegurándole ser entonces más ministro que nunca; no puede olvidarse lo tardío del mandato real para la suspensión del carniceiro combate y lo extrañada que se mostró la regia familia toda en cuanto pudo cerciorarse de su increíble derrota. Por esto, por el tránsito de las esperanzas á la desesperación; por los encontrados y opuestos golpes de la fortuna; por las reanimaciones de una sistemática ilusión engañosa derribada de súbito en horrible desengaño; el paso aquel aparece indudablemente como el paso más doloroso y más trágico en la pasión de los Reyes. Tener el trono bajo sus plantas y considerar aquel destronamiento lentísimo debía partirles el corazón en pedazos y desgarrarles como